

Sandra Negro y Manuel M. Marzal
(compiladores)

ESCLAVITUD, ECONOMÍA Y EVANGELIZACIÓN

LAS HACIENDAS JESUITAS EN LA AMÉRICA VIRREINAL

Capítulo 17



Pontificia Universidad Católica del Perú
Fondo Editorial 2005

Esclavitud, economía y evangelización.
Las haciendas jesuitas en la América virreinal
Primera edición, septiembre de 2005
Tiraje, 500 ejemplares

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2005
Plaza Francia 1164, Lima 1 - Perú
Teléfonos: (51 1) 330-7410, 330-7411
Fax: (51 1) 330-7405
Correo electrónico: feditor@pucp.edu.pe
Dirección URL: www.pucp.edu.pe/publicaciones/fondo_ed/

Diseño de cubierta: Sandra Negro
Diagramación de interiores: Juan Carlos García M.

*Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.*

ISBN 9972-42-722-6

Hecho el depósito legal 2005-5716 en la Biblioteca Nacional del Perú

Impreso en el Perú - Printed in Peru

Aspectos arquitectónicos, urbanos y espaciales en las reducciones y haciendas jesuitas en los llanos de Casanare, Meta y Orinoco

FELIPE GONZÁLEZ MORA
Instituto Carlos Arbeláez Camacho
Facultad de Arquitectura y Diseño
Pontificia Universidad Javeriana
Bogotá, Colombia

EN LA ACTUALIDAD, el Instituto Carlos Arbeláez Camacho para el Patrimonio Arquitectónico y Urbano, adscrito a la Facultad de Arquitectura y Diseño de la Pontificia Universidad Javeriana, desarrolla, entre sus líneas de investigación, la línea denominada Patrimonio Construido de la Compañía de Jesús en Colombia, cuyo objetivo principal es el conocimiento histórico, documental y espacial de la producción arquitectónica, así como de las influencias urbanas de la Compañía en el actual territorio colombiano.

La presente ponencia se basa en un trabajo de investigación terminado en diciembre del 2002, en el cual se abordó el estudio, la comprensión y la divulgación de las características esenciales del establecimiento, formalización, arquitectura y urbanismo generados por los jesuitas en las reducciones y haciendas en los Llanos de Casanare, Meta y Orinoco —zonas geográficas de la frontera oriental del Nuevo Reino de Granada— durante los siglos XVII y XVIII. Este material, junto con la información de las cualidades del espacio arquitectónico y urbano en las reducciones y haciendas establecidas en los llanos de Colombia, viene a llenar el vacío que se detectaba en los distintos trabajos realizados y divulgados con anterioridad acerca de las misiones en la región oriental colombiana.

El área de estudio comprendió el territorio antiguamente denominado llanos de Casanare y Meta, espacio geográfico en el que se establecieron las reducciones y haciendas jesuíticas, hoy bajo jurisdicción administrativa de los departamentos colombianos de Casanare y Arauca. Por razones históricas y debido a la geopolítica del territorio de las áreas de frontera en los siglos XVII y XVIII, se ha incluido en el presente estudio la región del río Orinoco (Venezuela) con sus reducciones y haciendas, ya que pertenecía al mismo proyecto misional.

SE ABRE LA RUTA AL LLANO: DOCTRINAS DEL ALTIPLANO (1605-1660)

Las altiplanicies de Cundinamarca y Boyacá se encontraban habitadas, a comienzos del siglo XVII, por la nación muisca, cuyos indígenas, a pesar de encontrarse bautizados, contaban con una deficiente instrucción religiosa. Los jesuitas que se encontraban en Santafé y Tunja hallaron en ese territorio el primer espacio para su apostolado, que abarcaba desde los mismos alrededores de Santafé, en dirección norte, hasta el pueblo de Tópaga, en el actual departamento de Boyacá. Para el mejor aprovechamiento del celo y dotes de los padres jesuitas, las autoridades eclesiásticas y civiles les fueron entregando diferentes doctrinas situadas en el altiplano: Cajicá (de 1605 a 1615, año en que se permuta por la doctrina de Duitama), Fontibón (1608), Turmequé (1611), Duitama (de 1615 a 1636, año en que se permuta por la doctrina de Tópaga), Tunjuelo (de 1618 a 1649) y Tópaga (de 1636 a 1660, año en que se permuta por Pauto, localizada en los llanos y futura capital de las misiones de Casanare).

Este período se caracterizó por las siguientes acciones emprendidas por los padres de la Compañía: la enseñanza de la doctrina cristiana a la población indígena, especialmente a los niños; la desaparición de idolatrías; y la creación de escuelas de escribir, leer, cantar y tocar instrumentos musicales, como chirimías, flautas, bajones, cornetas, órgano y arpas. En este sentido, fueron reconocidos, al interior del reino, los grupos musicales y los coros de las doctrinas de Cajicá, Fontibón y Tópaga.

En cuanto a la arquitectura, los padres Dadey y Coluccini, con su presencia en la doctrina de Cajicá, realizaron por vez primera una intervención arquitectónica en el nuevo reino: los trabajos para la cubrición y ornamento interior de la iglesia existente.

La doctrina de Fontibón sufrió en el año 1619 un incendio que destruyó la capilla mayor, la sacristía y gran parte de los ornamentos del templo. Durante el mismo año, el padre Juan Bautista Coluccini realizó el plano del proyecto arquitectónico, consistente en el alargamiento de la nave única, hechura de la capilla mayor y nueva sacristía de la iglesia. Aspecto relevante del proyecto fue la rectificación del muro testero —antes ochavado— en cuadro de la capilla mayor para la búsqueda de una mejor área con fines eclesiásticos. La iglesia se terminó en 1632. En 1640, el padre Hurtado propuso para la doctrina de Fontibón un reordenamiento urbano del poblado con la regularización de la traza mediante el uso de manzanas en cuadro, con el objeto de facilitar mediante las vías rectas y continuas la administración de los sacramentos a los indios.

En 1637, por acción del padre Francisco Ellauri en la doctrina de Tópaga, se construyó, sobre una traza existente y muros sin terminar, un nuevo templo de una nave con muro testero plano. Aporte destacado del misionero jesuita fue la construcción adicional de las cuatro capillas posas en las esquinas de la plaza (anteriores a 1651) para los actos litúrgicos urbanos, las que se constituyen como el antecedente directo de las capillas posas que se encontrarán en las reducciones llaneras de Tame, Pauto y San Javier de Macaguane, pertenecientes a la misión del Casanare.

ENTRADA A LOS LLANOS: DOCTRINAS DEL BALCÓN LLANERO (1624-1628)

El arzobispo de Santafé, don Hernando Arias de Ugarte, había realizado en 1621 su visita pastoral, recorriendo un vasto territorio hasta la población de Chita y las llanuras del Casanare. Apenado por el abandono espiritual en que se encontraban los indios, concibió el proyecto de confiar aquellas regiones incultas a la Compañía de Jesús. En octubre de 1624, se firmó el auto que confiaba a la Compañía las doctrinas de Chita, a cargo del padre Tolosa; de Támara, a cargo del padre José Dadey; de Morcote, a cargo del padre Diego de Acuña; y de Pauto, a cargo del padre José de Tobalina. De esta manera, se estaba dando el acercamiento al gran espacio geográfico de los llanos orientales, escenario de las futuras reducciones y haciendas.

Las obras materiales realizadas por los jesuitas durante los cuatro años de permanencia en las doctrinas del piedemonte o balcón llanero se limitaron a la adecuación de templos para la realización del culto, algunas veces sin lograr concluir los trabajos iniciados —como es el caso de la iglesia de Chita— por su pronta salida en 1628. El padre Dadey, a pesar de su corta permanencia en la doctrina de Támara, logró realizar el trazado de las calles y algunas edificaciones.

EN EL LLANO: REDUCCIONES Y HACIENDAS (1630-1767)

Reducciones y haciendas del Casanare

Para dar base económica a las misiones, los jesuitas adquirieron, en 1661, un globo de tierras baldías para la formalización de su primera hacienda en la región: Caribabare. Localizada en el corazón de las reducciones de Casanare, esta hacienda se constituyó en la más importante unidad de producción que tuvo la Compañía en sus territorios misionales del nuevo reino. La donación de tierras fue la base inicial de la hacienda, pues, con el correr de los años, el globo primario se fue extendiendo por medio de donaciones, capellanías, compras y apropiaciones de tierras, de tal manera que, para el año de la expulsión de la Compañía en 1767, las autoridades afirmaban que los linderos de la hacienda se confundían con los del pueblo de Tame.

A partir de la hacienda Caribabare surge la hacienda contigua de Nuestra Señora del Campo de Tocaría, nuevo complejo económico que daría soporte material a la misión de Casanare. Durante el siglo XVIII, la producción ganadera estuvo en aumento y fortaleció, de este modo, a las haciendas y los hatos de los jesuitas. Durante el período comprendido entre 1740 y 1749, mediante una contrata, la Compañía pudo abastecer de carne vacuna a Santafé y Tunja. La mayor parte del ganado de las haciendas de Caribabare, Cravo y Tocaría salía de esta última para seguir la ruta ganadera de Lengupá o Paya, donde descansaban las reses para continuar el ascenso de la cordillera hasta caer en la hacienda de La Compañía, cerca de Firavitoba. De esta hacienda, con

el ganado repuesto y descansado, pasada la travesía, se continuaba el viaje hacia Sogamoso y Tunja.¹

A partir de 1661, los misioneros se preocuparon por el progreso de la región mediante la recuperación de los pueblos de Nuestra Señora de Tame, Nuestra Señora del Pilar de Patute y San Salvador del Puerto de Casanare, que se encontraba anexo al pueblo de Patute. En los años 1662 y 1663, se fundaron las reducciones de San Francisco Javier de Macaguane y San Ignacio de los Betoyes. Mediante el establecimiento y la consolidación de estas reducciones, los jesuitas lograron el dominio geopolítico de la región bañada por los ríos Casanare, Ele y Ariporo, afluentes del río Meta.

Reducciones y haciendas del Meta

A partir de 1716, se revalorizó la región del río Meta como otro escenario espacial para la fundación de nuevas reducciones. Durante el período en el cual fue Superior de las Misiones el padre José Gumilla (1723-1730), la Compañía consideró nuevamente el interés en la región habitada por achaguas y sálivas a lo largo del río Meta, ya que constituía la base de penetración para el Airico y el Orinoco, región sumamente importante por encima de cualquier otra empresa misionera.

Los establecimientos reduccionales existentes en 1767 fueron San Francisco Regis de Guanapalo (1721), después denominado Surimena; San Miguel de Macuco (1725), capital de la misión del Meta; y San Luis Gonzaga de Casimena (1746), localizado entre los ríos Pauto y Cusiana, afluentes del Meta.

Las haciendas de la misión del Meta fueron Santa Bárbara de Cravo, constituida en 1678 y dedicada a la cría de ganado vacuno, y la hacienda de Apiay, adquirida en 1740 y perteneciente al Colegio Máximo de Santafé. Esta última estaba localizada en el piedemonte de la región del Meta, lugar estratégico para concentrar y descansar los ganados provenientes de los hatos comunales de las reducciones de Macuco, Surimena y Casimena (se convertiría, además, en centro de compra del ganado que se producía en los llanos de San Juan y San Martín).

Pasada la expulsión de los jesuitas en 1767, las haciendas pertenecientes a las misiones de Casanare y Meta pasaron a estar bajo el cargo de la Junta de Temporalidades

¹ Las haciendas jesuíticas en el altiplano de Boyacá fueron La Compañía, Firavitoba o de Sogamoso, se localizaba entre Iza y Firavitoba, pertenecía al colegio-noviado de Tunja y fue adquirida en 1691; la hacienda Lengupá, adquirida en 1639; la hacienda La Ramada, localizada en Sogamoso y adquirida en 1634; y la hacienda de Tuta, adquirida en 1613. En Paipa, los jesuitas fueron dueños de la conocida hacienda El Salitre. En 1756, las harinas producidas en estas haciendas aprovisionaron la expedición de límites del Orinoco, según contrata entre el coronel Eugenio de Alvarado y el procurador del colegio de Tunja, padre Matías de Liñán. Todas las anteriores haciendas fueron tomadas por la Junta de Temporalidades en 1767 y rematadas posteriormente.

y fueron puestas en remate entre particulares algunos años después. Respecto de las reducciones de Casanare y Meta, las primeras pasaron al cuidado de los dominicos, salvo la reducción de Pauto, que estuvo en manos de los franciscanos. En cuanto a las segundas, todas pasaron al cuidado de los agustinos recoletos.

EL ORINOCO: REDUCCIONES Y HACIENDAS (1733-1767)

La misión del Orinoco, junto con sus reducciones y haciendas, fue parte del amplio plan de evangelización organizado por la provincia jesuítica del nuevo reino, a la cual siempre perteneció Venezuela. Por esta razón, la misión de los Llanos de Casanare y Meta —actualmente en Colombia— se debe considerar inseparable de la misión del Orinoco —hoy territorio venezolano—. Los ríos se constituyeron en las vías de penetración a la vasta región orinoquense, verdaderas arterias fluviales que servían a los misioneros para la comunicación, el abastecimiento y la huida ante las incursiones caribes. Este territorio presentaba tres características: la multitud de tribus o naciones de indios, el escaso número de habitantes y la inestabilidad de los grupos indígenas.

Las reducciones jesuíticas que sobrevivieron al momento de la expulsión fueron la hacienda-reducción de Santa Teresa de Carichana (1733), San Borja (1738), San Ignacio de Cabruta (1739), San Juan Nepomuceno o El Raudal de Atures (1747), La Urbana (1748) y La Encaramada (1749). Estos pueblos pasaron al cuidado de los capuchinos, después a los clérigos de Puerto Rico y, más tarde, a los franciscanos de Píritu.

La misión del Orinoco contó con un fuerte llamado San Francisco Javier o Fortín de Marimarota, construido en 1736, como medida defensiva para aplacar los ataques caribes que venían sufriendo los jesuitas desde 1684. El fortín se ubicaba:

En la boca del río Parguaza, en la margen derecha del río Orinoco, en una formación rocosa llamada anteriormente Marimarota por los españoles [...] la construcción fue de una manera improvisada y aparentemente sin ayuda de la corona [...] este fuerte estaba conformado, aparte de la estructura en sí, por tres baterías, cuarteles y casa para una parcialidad de indios sálivas, que se han agregado a dicha fuerza. (Hernández 1996: 33-35)

PROGRAMA URBANO EN LAS REDUCCIONES

Basándose en las obras publicadas de los misioneros cronistas (Rivero, Gilij, entre otros), así como en los informes de oficiales reales publicados (Alvarado), se pueden extraer los datos acerca de las características urbanas de las reducciones. En términos generales, el programa urbano de las reducciones de Casanare, Meta y Orinoco se compone de los siguientes componentes espaciales:

La plaza

Principal componente espacial urbano de toda reducción. Es su espacio estructurador, que, con otros elementos arquitectónicos como la iglesia, las capillas posas o los arcos triunfales, señala la idea de sacralización del ámbito urbano jerarquizado por la persistencia del ritual religioso por medio de las procesiones, música, baile y juegos. Su morfología aparente es regular. El costado principal de la plaza se configura con la localización de la iglesia, acompañada, en algunos casos, de la casa de misionero. En los otros tres costados, daban a la plaza las fachadas de las casas de la escuela —cuando no estaba incluida en la casa del misionero—, la herrería y carpintería, el cuartel y las viviendas de indígenas. La presencia de cruz atrial, fabricada en hierro sobre una pirámide de piedra, se encuentra reseñada en la reducción de Pauto.

Como complemento urbano de la plaza, se encuentran las capillas posas, pequeños edificios localizados en las esquinas del espacio central, utilizados para posar el Santísimo Sacramento en las procesiones de los actos litúrgicos del Corpus y Semana Santa. En las misiones de Casanare y Meta, se encuentran documentadas las capillas posas² en las reducciones de Tame, Pauto y San Ignacio de los Betoyes, esta última a partir de 1775. Ejemplo de la sacralización del espacio urbano mediante los recorridos procesionales es la descripción del padre Rivero acerca de la fiesta realizada a la Virgen por los misioneros en el mes de agosto (1661) en la reducción de Tame:

Mandaron para este efecto que levantasen cuatro ermitas en los cuatro ángulos de la plaza; así lo ejecutaron los indios y las pintaron por dentro a su modo con variedad de colores; pusieron en ella cruces, y levantaron sus altares [...] Cantáronse las vísperas por la tarde, y se encendieron luminarias por la noche, y concurrieron con sus tamboriles y flautas los indios, para mayor celebridad al otro día, para celebrar la fiesta, cercaron la plaza con muchos y vistosos arcos, adornados todos ellos con variedad de frutas, después de la procesión, a la cual asistieron con velas encendidas, como en la pasada, se celebró la misa con mayor solemnidad que se pudo, de músicos instrumentales, y salva de arcabucería, con lo que alegraron la función algunos españoles de los que concurrieron este día. (Rivero 1956: 94)

Las descripciones acerca de la fisonomía urbana en las reducciones de Casanare y Meta son bastante exiguas en cuanto a detalles espaciales. Sin embargo, Rivero, en su *Historia de las misiones*, cita al padre Monteverde (1665), quien informa lo siguiente:

² La doctrina de Tópaga, situada en el altiplano boyacense, también contaba con una iglesia con sus capillas posas, construidas por el padre Ellauri (antes de 1651). Recuérdese que esta doctrina fue permutada por Pauto en el año de 1661. De este modo, se establece la influencia de Tópaga —a manera de antecedente— en el espacio urbano de las reducciones casanareñas señaladas, con la presencia templo-plaza-capillas posas.

Reducción de Patute. El pueblo de Patute [...] al presente tiene doce caneyes, todos nuevos y grandes, su iglesia, su plaza, sus calles y pueblo en forma, no solamente por lo material, sino también por lo formal [...]. (Rivero 1956: 204)

Reducción de San Salvador del Puerto. Todos saben que los de la Compañía han puesto a San Salvador del Puerto de la manera en que está, y que cuando entraron en él, no había ni iglesia, ni plaza, ni trazas de pueblo; que por nuestros religiosos se hizo una de las mejores iglesias que hay en la comarca, linda plaza, y todos los caneyes nuevos, más largos y más altos que nunca la habían sido [...]. (Rivero 1956: 205)

El coronel Eugenio de Alvarado, en su *Informe Reservado* (1756), describe con más detalles las características urbanas y morfológicas de las plazas en las reducciones del Orinoco, ya que fueron visitadas por él mismo. Siguiendo sus palabras, informa lo siguiente:

Reducción de Cabruta. El suelo que ocupa el vecindario es arenoso y desigual y muchas de sus casas están al abrigo y falda del Picacho o cerro, cuyas aguas precipitadas en invierno, rompen la plaza y corren por una zanja que ellas hacen, que necesita de puente para comunicarse las dos partes del lugar. La figura del pueblo no guarda orden fuera de lo que corresponde a la plaza que es un cuadrilongo formado por la casa del Padre y algunas casas de españoles, haciendo forma de fachada la puerta de la iglesia, las demás de las habitaciones están salpicadas por el espacio del pueblo [...]. (Rivero 1956: 305-306)

Reducción de la Encaramada. El suelo que ocupa el vecindario es arenoso pero igual. La figura del pueblo, como es moderno, se reduce a una anchurosa plaza en figura oval, cuyos externos se forman de la pequeña iglesia, y de la casa-fuerte en que aloja la tropa, y los respectivos costados, uno con el frente de los grandes caneyes que llena su espacio, y otro con la casa del Padre que termina a la mitad, sin embargo es una buena planta, pues las habitaciones de los indios son Norte-Sur, iguales en su alto y tirados a cordel. (Rivero 1956: 309-310)

Reducción de la Urbana. El suelo que ocupa el vecindario es arenoso, pero igual. La figura del pueblo es mala porque no lleva orden. Hay un escampado que sirve de plaza y en su centro el cañón de su iglesia; a poca distancia de ésta, están a la parte del Este haciendo barrio separado unas pocas casas en que viven los indios Cabres, por la del Oeste se hallan las chozas o sombrajos de los Otomacos [...] y a su frente sobre la orilla del río la garita que es cuartel de los soldados. (Rivero 1956: 313-314)

Reducción de Carichana. El suelo que ocupa el vecindario es arenoso en la apariencia y de arrecife en realidad. La figura que guarda el pueblo es irregular, pues las casas de los indios están sin orden ni simetría, unas cerca y otras distantes entre sí. Con todo, hay un cuadrilongo que sirve de plaza, cuyos extremos son la fachada de la iglesia, y la casa de los Padres incluso la Procuraduría, y los dos costados con que se prolonga esta figura son una cerca para que el ganado que es familiar con las gentes no entre en la iglesia y Procuraduría. (Rivero 1956: 317-318)

Reducción de San Borja. La figura del pueblo no guarda orden, a excepción de lo que es plaza, que se forma de la casa del Padre, iglesia y garita de los soldados con las casas de los indios. (Rivero 1956: 320)

Reducción de El Raudal. El terreno del pueblo sigue la naturaleza del de San Borja, y a ello contribuye su situación, pues aunque está llano, y es arenoso, se introducen en él las aguas, que se precipitan de los montes [...] Antes de llegar el Teniente Coronel D. Juan Galán al pueblo era su figura irregular, pues las pocas casas de los indios, estaban sin orden. Este oficial (que murió allí) comisionado por D. José Iturriaga para ello, fabricó diferentes casas bastante cómodas para el tránsito que debíamos hacer con la expedición. Son las cuatro principales la del Padre e iglesia, dio a la plaza una hermosa vista cuadrilonga, y por esta casualidad guarda hoy todo el pueblo una regular figura. (Rivero 1956: 322-323)³

Sistema viario

Consiste en los espacios que resultan entre la arquitectura construida (vivienda de indios) y el núcleo principal con su plaza. La principal función del sistema se basaba en establecer la relación directa entre el misionero y sus actividades pastorales, y las viviendas de los indios, mediante una comunicación rápida y fácil en caso de necesidad. Las dimensiones de estas vías de comunicación son variables. Lo importante era guardar una distancia considerable para evitar así la propagación del fuego en la reducción en caso de que una vivienda o caney —construida con materiales vegetales— se incendiara.

El núcleo principal: iglesia y casa del misionero

Se hallaba localizado, generalmente, con uno de los costados de la plaza como telón de fondo. Esta ubicación define el crecimiento de la reducción por sus otros tres lados. El conjunto principal se constituye en un límite visual y en referencia principal del poblado. Generalmente, la iglesia se relaciona con la plaza mediante el atrio o altozano, definido, en algunos casos, por una barda en tapia pisada o en madera. La casa del misionero se localizaba a uno de los lados de la iglesia o en frente de ella, como sucedió en la reducción de La Encaramada, donde Gilij, su misionero, describe que «[...] no es tampoco de pequeño decoro la casa del misionero. Mi última habitación [...] estaba casi enfrente de la iglesia. Entre los dos edificios había una comodísima plaza [...]» (Gilij 1965, vol. 73: 63).

³ Croquis-copia de un plano anónimo de la Expedición Real de Límites de 1754-1760, atribuible al alférez de navío Ignacio Milhau. El original se halla en Depósito de Guerra de Madrid, España. Citado en De Vega 2000.

Las viviendas indígenas

Las viviendas de los indios formaban el complemento espacial del programa urbano en las reducciones. Los denominados caneyes eran volúmenes rectangulares largos y altos, construidos con materiales perecederos como el bahareque y la palma, y en ellos habitaban los indios de las distintas parcialidades. Cada caney contaba con sus corredores perimetrales o aleros para protección climática.

Los inventarios de bienes y alhajas como fuente documental

Entendido el origen de los inventarios como uno de los procedimientos reglamentarios a disposición de las autoridades españolas para la incautación de los bienes de los jesuitas, es momento de advertir que, entre los diversos tipos, se encuentra el inventario de bienes y alhajas, aplicado a inmuebles, muebles, alhajas y ornamentos de los misioneros en las reducciones. Este instrumento fue aplicado por los comisionados asignados en todo el territorio del nuevo reino en distintas fechas, debido a lo extenso del espacio y a la complejidad de la geografía de las diferentes demarcaciones territoriales. Así, la Pragmática Sanción fue conocida el 2 de julio en las misiones del Orinoco y el 2 de octubre en las misiones de los Llanos.⁴

El inventario de bienes de una reducción —procedimiento realizado entre el Comisario Real asignado para el expulsión, el misionero jesuita al cual se le extrañan los bienes y el religioso (de otra orden) que recibe la reducción— se constituye, para el presente trabajo, en fuente primaria de información por las siguientes razones: reemplaza la ausencia de estudios arqueológicos (ruinas o vestigios) en el lugar donde se estableció el núcleo reduccional; forma parte de la información documental en que se relacionan los bienes inmuebles que constituían la reducción y la hacienda, necesarios para organizar el programa arquitectónico respectivo; permite el conocimiento de los bienes muebles de los principales edificios, así como de las cualidades espaciales de las iglesias misioneras; facilita el registro de las alhajas y ornamento de los templos; hace posible la descripción de los materiales principales utilizados en las distintas construcciones; ayuda al conocimiento de los espacios de servicio y sus componentes en los hatos y haciendas; y, en algunos casos, posibilita también el conocimiento del número de habitantes y caneyes que formaban el poblado.

Las obras publicadas de los distintos misioneros-cronistas —como Rivero, Gilij y Cassani, entre otros—, a pesar de que también son consideradas fuentes de primera

⁴ Otras fechas son las siguientes: 15 de junio, Caracas; 29 de junio, Maracaibo; 11 de julio, Mérida; 15 de julio, Cartagena y Mompo; 1 de agosto, Santafé, Tunja y Antioquia; y el 8 de agosto, Pamplona (Del Rey 1990: 20).

mano, no poseen las descripciones ni la calidad suficiente en el detalle referente a las características materiales o espaciales (arquitectura o urbanismo) de las reducciones. Por ello, los inventarios cobran fuerza documental y se convierten para el investigador en una fuente de datos imprescindible para el conocimiento de los componentes de las reducciones. Este hecho no significa que la información contenida en los inventarios sea excepcional en riqueza y calidad de las descripciones; muchas veces se encuentran falencias descriptivas, como las dimensiones de los edificios, las cualidades espaciales en los templos y la localización respecto de la plaza, entre otras.

PROGRAMA ARQUITECTÓNICO EN LAS REDUCCIONES

Los datos provenientes de los distintos inventarios existentes permiten al investigador de la historia de la arquitectura reconstruir el programa arquitectónico de una reducción llanera y orinoquense. Bajo el cuidado del Archivo General de la Nación (AGN), Fondo Temporalidades, sección Colonia, se encuentran los inventarios de bienes y alhajas de siete de las nueve reducciones llaneras (Casanare y Meta) existentes en 1767. Los inventarios relativos a las seis reducciones del Orinoco, a la fecha del presente trabajo, no han sido localizados en los archivos colombianos ni venezolanos, lo que significa que los datos obtenidos para estas reducciones provienen de la información escrita de los misioneros (Rivero y Gilij, entre otros), de informes escritos documentales (Alvarado) o de fuente documental gráfica (San Juan Nepomuceno o El Raudal). Los datos obtenidos de los distintos espacios arquitectónicos que forman la reducción se han sistematizado de manera clara para dilucidar sus características espaciales, funcionales y constructivas. De acuerdo con la existencia y frecuencia de uso de los espacios, se ha logrado registrar el siguiente programa arquitectónico:

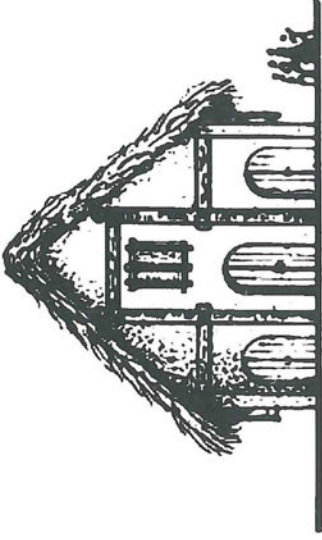
Iglesia

Es el volumen jerárquico, el centro material y espiritual de la reducción. Desde el establecimiento del poblado, la elección del lugar y la construcción de la iglesia ocuparon la atención principal del misionero, para lo cual contó con ayuda de la mano de obra indígena. Se trazaba inicialmente con las dimensiones suficientes para albergar a toda la población en su interior, sin que faltaran luego obras de ampliación en caso de aumento del número de habitantes. Por su localización, de preferencia en uno de los costados de la plaza, se vinculaba directamente a esta por medio del altozano o atrio. En algunos casos, a uno de sus lados podía estar presente de manera exenta la casa de misionero. De acuerdo con los inventarios, el tipo arquitectónico de las iglesias misioneras en las reducciones objeto de estudio cuenta con las siguientes características:

- Planta rectangular alargada, conocida como de cajón, que delimita claramente el perímetro de la construcción, con tendencia a la compactación. Se tienen dimensiones conocidas para la iglesia de Casimena (63,5 v. por 13 v.), Surimena (55 v. por 15 v.) y Pauto (31 v. por 9 v.).
- Estructura portante en madera, con el hincamiento de los pilares que definen espacialmente las naves. El número de apoyos conocido por descripción de inventario se da para las iglesias de Surimena y Casimena, con 18 pilares cada una. La nave central para la predicación era utilizada por los indios con distinción de sexos: los hombres separados de las mujeres. Las naves laterales se utilizaban para las confesiones y la colocación de retablos.
- Por las características constructivas de la planta rectangular, se aprecia la ausencia de volúmenes adicionales que modifiquen el perímetro regular de la iglesia (sacristías o capillas). Cuando existe la torre campanario en la reducción, esta se localiza como volumen independiente, exento al templo (Macuco).
- Definición de un pórtico, atrio o altozano, a veces delimitado por un muro en tapia o cerca vegetal, como espacio de transición entre la plaza y el interior de la iglesia (Tame, Macaguane y Macuco).
- Cerramiento perimetral con materiales vegetales y tierra (bahareque). Aparición de vanos para iluminación y ventilación sobre el cuerpo de la iglesia. Se conoce el número de ventanas en la iglesia de Tame (20), Macaguane (16), Betoyes (15), Casimena (12) y Surimena (6). Es importante agregar que, para 1767, existían cuatro iglesias cuyos materiales constructivos precederlos de cerramiento (bahareque) fueron sustituidos por la piedra y la tapia, mucho más estables y duraderos. Ello evidencia un desarrollo tecnológico, como se ve en el caso de las reducciones llaneras de Pauto, San Salvador del Puerto y Macuco, y Cabruta en la Orinoquia.
- Altar mayor centralizado con muro testero plano —comodidad en la colocación del retablo mayor y mejor área para lo eclesiástico—, jerarquizado y definido con ayuda de los tapiales que lo delimitan de las sacristías.
- Definición de la sacristía con tres modalidades de desarrollo espacial:
 - a) Sacristías colaterales o sacristía fragmentada (Tame y Pauto): cuando se definen dos espacios a los lados del presbiterio, con dos vanos de puerta relacionados con este. Una causa de esta fragmentación espacial o doble sacristía es el escaso espacio útil suficiente para el ajuar eclesiástico y demás actividades del misionero. De esta manera, el presbiterio, junto con su altar mayor, queda perfectamente centrado, jerarquizado, y delimitado por las sacristías y la baranda de comulgatorio de balaustres torneados frente a la nave central.
 - b) Sacristía transversal: cuando el espacio de sacristía con un solo vano de puerta se localiza detrás del presbiterio y ocupa un tramo de la planta rectangular de

la iglesia (Macaguane, Betoyes, Surimena, Macuco y Casimena). Aparentemente es un resultado posterior de la ampliación de la modalidad de sacristías colaterales, con el fin de buscar mayor área útil en una sacristía más cómoda.

- c) Sacristía compuesta: es el resultado espacial de dos contrasacristías —antes sacristías colaterales— y una transacristía —antes sacristía transversal—. Se evidencia esta solución espacial, que incluye cuatro puertas, en la nueva iglesia de Betoyes, que se construía en 1767 por necesidades de ampliación.
- Presencia del coro localizado a los pies de la iglesia (segundo nivel), existencia de escalerilla y barandilla de balaústres torneados. Se encuentran dimensiones conocidas del coro en la reducción de Casimena (5 v. por 4 v.), donde se encuentra localizado a los pies del templo sobre la nave central. Se desconoce si coros de otras iglesias ocupaban el ancho completo del volumen.
 - El espacio de baptisterio, localizado a los pies del templo a uno de los costados de la puerta principal (Macaguane, Pauto), se define gracias a la reja de madera balaustrada con su puerta (Surimena, Casimena).
 - Las fachadas de las iglesias presentan, sobre el atrio, una sola puerta de acceso (Casimena, Macaguane), mientras se da el caso de fachada con portada principal central y dos puertas a los costados, que corresponden a las naves laterales (Surimena). Ante la ausencia de torre campanario, las campanas se colgaban de un dintel de la estructura portante de madera situado sobre el atrio.
 - El medio natural de la región llanera y orinoquense ofrecía a los misioneros diversos materiales para las cubiertas de las iglesias. Partiendo de una estructura portante —pilares, dinteles, riostras, tirantes y cuadrales— y de la utilización de pares en madera para construir las dos aguas, se remataba la cubrición con paja (Surimena), con palma (Casimena, Macaguane, Tame, Betoyes, Cabruta, La Encaramada, La Urbana, San Borja y El Raudal) o con teja de barro cocido (Macuco y Pauto). En la diferencia de los materiales utilizados, se evidencia el desarrollo tecnológico en que se encontraban algunas reducciones para 1767.
 - Una propuesta espacial distinta en las iglesias de las reducciones fue la cúpula. Se conoce que fue construida una cúpula (media naranja) en la iglesia de San Salvador del Puerto de Casanare por el padre Alonso de Neira entre los años 1661 y 1690. De acuerdo con las descripciones de los padres Rivero y Cassani, esta se sostenía sobre una estructura central de doce pilares de madera, en reemplazo de pechinas. Su planta regular de tres naves en cuadro y esquinas ochavadas realzaban el carácter centralizado y jerárquico de su organización espacial.



FACHADA



VISTALATERAL

Templo, Reducción de Surimena, 1767. Interpretación gráfica

Capillas posas

Las capillas posas o ermitas localizadas en las esquinas de la plaza son el complemento del templo en la sacralización de la plaza como espacio urbano. Servían de estaciones para el recorrido procesional realizado por los misioneros e indígenas en las festividades a la Virgen, el Corpus y Semana Santa. Consistían en pequeños edículos con altares de madera, contruidos en tapia o bahareque, cubiertos de palma o teja y decorados con vistosos colores.

Su existencia se detecta en la reducción de Tame en 1661 (Rivero 1956: 94), donde habrían sido construidas por los padres Jimeno y Álvarez, y en la reducción de Pauto, cuyas ermitas se localizaban en las esquinas de la plaza cercada de tapia.⁵

La reducción de Betoyes, según el inventario de 1775, contaba con capillas posas, al parecer construidas por los religiosos dominicos —no aparecen relacionadas en el inventario de 1767— encargados de la reducción después de la expulsión. No existe información sobre la existencia de estas capillas posas en las reducciones orinoquenses, hecho que no significa necesariamente que no las utilizaran en las fiestas religiosas, ya que podían ser fabricadas de manera efímera con materiales como la palma, adornadas de flores y otras plantas.

Casa del misionero

Es un espacio reseñado en todas las reducciones. Está localizado, algunas veces, a un costado de la iglesia; otras veces, plaza de por medio, como la vivienda del padre Gilij en La Encaramada. Es un volumen de planta rectangular dividido en su interior en varias dependencias. Algunas veces contaba con un corredor vinculado a la plaza. Las dimensiones conocidas para la vivienda del misionero pueden hallarse en Casimena (60 v. por 12,5 v.), con un corredor de 3 v. de ancho; y Macuco (30 v. por 7 v.), con corredor de 2,5 v. de ancho. El número de aposentos variaba: para las reducciones del Meta, se hallan entre cuatro y siete espacios, y para las reducciones del Casanare, entre tres y siete espacios.

El uso de estas dependencias estaba destinado, generalmente, al misionero (sala y aposentos privados), incluida la procuraduría, aunque se aprovechaba alguno de los cuartos para la escuela (Macaguane). Se conocen dos reducciones cuya casa de misionero constaba de planta baja y planta alta (Carichana), y, además, de un balcón en la segunda planta (Macaguane). Algunas casas de misionero se construyeron sobreelevadas para evitar la humedad del suelo (San Borja y El Raudal). En cuanto a los materiales, siguen el patrón constructivo de las iglesias, por lo que se encuentra, por lo general,

⁵ Fábrica de iglesias, t.º 17, ff. 104-105.

el bahareque para muros y la cubierta en palma; así como, en menor cantidad, el uso de la piedra y tapial para los cerramientos y la cubierta de teja de barro (Macuco y Pauto).

Escuela

Espacio sencillo con volumen independiente presente en todas las reducciones, aunque, en ocasiones, se desarrollaba la actividad relacionada con ella en la casa del misionero o en un espacio compartido en la casa de la herrería y la cocina (Macuco). Su importancia ya la señalaba el padre Gilij al decir que la escuela «[...] es una de las cuatro cosas para introducir útilmente [...]» en las reducciones, junto con las artes, los animales domésticos y las técnicas para el cultivo de los campos (Gilij 1965, vol. 73: 63-67). Generalmente, eran concebidas para enseñar a los indígenas a leer, escribir y conocer los puntos de la solfa para cantar y tocar diferentes instrumentos musicales. En las escuelas, guardaban los misioneros las arpas, violines, flautas y clarines, entre otros. En otras ocasiones, se encuentra el telar en los aposentos de la escuela (Macuco).

Herrería y carpintería

La herrería o casa de la fragua, en opinión del padre Gumilla, era otro de los espacios básicos en el establecimiento de una reducción. Con la utilización del hierro viejo y roto de hachas y machetes, se obtenían anzuelos, puyas y arpones, que los indígenas cambiaban por frutos que servían para su manutención. Los inventarios incluyen la lista de los utensilios y herramientas utilizados, como la forja, bigornia, tornillos y tenazas, entre otros. En el espacio de la carpintería —en ocasiones, localizado cerca de la herrería—, los indígenas aprendían y realizaban trabajos de talla en madera, como imágenes religiosas y retablos para los altares de las iglesias, objetos muebles como sillas, bancas, barandillas y ventanas con puertas, entre otros.

La importancia de estos espacios-talleres consistía en que todo producto elaborado por los indios era utilizado para el desarrollo de la reducción; en otras palabras, una reducción floreciente contaba, con seguridad, con una carpintería y herrería donde los indígenas ya instruidos aportaban objetos muebles para su utilización en la arquitectura. Se conocen los espacios de carpintería en las reducciones de Casanare, consistentes en tan solo una ramada, con banco, torno y prensa, entre otros. En otras reducciones, la actividad se desarrollaba en un recinto de bahareque y cubierta de palma. En la reducción de Pauto, la ramada de la carpintería compartía espacio con las actividades de albañilería, para lo cual se contaba con gaveras para la fabricación de adobes y ladrillos.

Cocina y despensa

Son los espacios para la preparación y depósito de alimentos —como carne y sal—, reseñados en todas las reducciones. El espacio es algunas veces compartido en la misma construcción de tapial y teja (Macuco) o en sencillas ramadas ventiladas (Betoyes).

Hospital

Presente únicamente en la reducción de Macuco, en la misma construcción que aloja la cocina y despensa. En las reducciones del Casanare, no se encuentra reseña alguna de este espacio. Sin embargo, Alvarado, a su paso por las reducciones del Orinoco, sugería a los misioneros «[...] que formasen un hospital en que recoger los enfermos, pues mi experiencia vio que los unos morían de debilidad por falta de alimento, o alimento desproporcionado a los enfermos» (Alvarado 1966: 254).

Cuartel-garita-casa del soldado

Los espacios de uso estrictamente militar se encuentran en la mayoría de las reducciones del Orinoco. Por su localización geográfica cercana al río, las reducciones sirvieron de apoyo logístico en la ruta a los parajes que la Real Expedición de Límites necesitaba recorrer para la definición de los límites entre los territorios de las Coronas de España y Portugal. De igual manera, los constantes ataques de los caribes, quienes remontaban el río para atacar los poblados misioneros, ocasionaron la presencia permanente de escolta y la construcción de reductos y baterías militares. Por estas razones, se puede encontrar el cuartel, espacio para el alojamiento de la escolta (La Urbana y El Raudal); la garita, espacio que combina las funciones de vigilancia y aposento (La Encaramada y San Borja); y la casa del soldado, espacio para funciones de alimentación, higiene, descanso y dotación militar (El Raudal). También se señala la casa del capitán, espacio compuesto de dos plantas (alta y baja), con tres aposentos, incluida la sala (Carichana). En las reducciones llaneras, solo está documentada la existencia del cuartel en las reducciones de Casimena y Macuco. Los materiales utilizados son el bahareque y la cubierta en palma. La ubicación urbana de estos espacios está directamente relacionada con la plaza, con cercanía a la casa del misionero e iglesia.

Casa de cabildo

Reseñada también como casa del pueblo, es el espacio destinado a la reunión de los integrantes indígenas que forman el cabildo de la reducción. Era construida de bahareque y cubierta de palma. Se conoce la casa de cabildo, con dos aposentos y

corredor tirado, en Casimena, así como la que existió en la reducción de Betoyes. Su localización urbana se hallaba a uno de los costados de la plaza.

Velero

Espacio identificado únicamente en la reducción de Tame, destinado al uso especializado de la fabricación de velas de cera negra para el servicio de la iglesia y la reducción. Su localización urbana es aislada respecto de los demás volúmenes que componen la población debido al riesgo de incendios.

Caneyes de vivienda

Los inventarios relativos a las reducciones del Meta son los únicos que incluyen información sobre el número de caneyes por reducción, dato que permite formarse una idea de la proporción de volúmenes construidos para habitación en el núcleo urbano. Generalmente, el caney constaba de un espacio único, con planta regular alargada, fabricado de bahareque sencillo y cubiertas de paja o palma. Como se dijo anteriormente, los misioneros conservaron el volumen y materiales de construcción usados por los indios, por lo cual se fragmentaba la planta arquitectónica del caney en varios aposentos, para albergar así familias indígenas de manera individual. La reducción de Surimena contaba con 147 caneyes, unos de una pieza, otros de dos piezas, con una población total de 702 indígenas. La reducción de Casimena contaba con cuarenta caneyes de una sola pieza, con una población total de 481 indígenas. La reducción de Macuco contaba con 123 caneyes de una sola pieza, con una población total de 645 indígenas. Alvarado, en su *Informe reservado*, describe un mayor número de familias (de cuatro a seis) por caney (La Encaramada).

Programa arquitectónico en el hato

Toda reducción jesuítica llanera u orinoquense contaba con uno o varios hatos como sostén económico, propiedad de los indígenas. Un hato comprendía tanto las cabezas de ganado como las instalaciones. Se localizaba en tierras cercanas a la población. El hato o lugar de la manada se hallaba compuesto por la agrupación de diversas construcciones relacionadas por la actividad común de alojamiento y trabajos relacionados con el ganado vacuno y caballar. El programa arquitectónico del hato consta de los siguientes espacios:

Casas

Por lo general, existía entre una y dos casas para uso de los caporales y vaqueros del hato. En la reducción de Casimena el hato constaba de dos casas, cada una con su corredor y un total de doce repartimientos o cuartos. Para su construcción se utilizaron el bahareque para cerramiento y palma quitebe en las cubiertas. Muchas de las descripciones informan sobre la ausencia de hojas de puertas. En algunos de los cuartos, se guardaban los objetos propios del hato, como sillas de vaquería, rejonés, frenos y fierros de herrar, entre otros.

Corrales-corralejás-ranchos-ramadas

Las diferentes actividades ganaderas en el hato generan distintos espacios especializados. En las reducciones jesuíticas llaneras y orinoquenses, se han identificado los siguientes: corrales o espacios cercados en madera, para uso del ganado bravo —su número variaba entre uno y cinco corrales por hato—; las corralejas o espacios cercados en madera, para uso del ganado manso; los ranchos o viviendas con estructura en madera, cubierta de palma, algunas paredes de bahareque, pocos muebles en su interior y uso de hamaca; y las ramadas, espacios con estructura de madera, sin paredes, con cubierta de palma y, generalmente, a un agua. El número de estos espacios variaba entre uno y tres por hato. En la reducción de Betoyes, su único hato incluye un caney o rancho alargado, dividido en ocho aposentos.

Otros espacios

En las reducciones del Orinoco existieron espacios especializados no reseñados en las reducciones llaneras, como el trapiche. Con el cultivo de la caña de azúcar, las mieles derivadas y la existencia de un alambique para el proceso de destilación, los misioneros podían obtener el aguardiente de caña, que utilizaban los vaqueros en sus jornadas y rodeos. Otro ejemplo lo constituyen los espacios de carácter militar creados por los oficiales de la expedición de límites a su paso por las reducciones establecidas y consideradas como bases de operaciones en el territorio. Tal es el caso de la reducción de San Juan Nepomuceno o El Raudal, que presenta nuevos espacios diferenciados y construidos por los expedicionarios: casa de la expedición, almacén de pólvora, almacén de marina y almacén de víveres, además de los ya mencionados anteriormente.

CARACTERÍSTICAS ARQUITECTÓNICAS DE LA CAPILLA EN LAS HACIENDAS DEL CASANARE		CARIBABARE 1767	CARIBABARE 1767 [1]	CARIBABARE 1767 [2]	TOCARÍA 1791
MEDIDA	LARGO				
TOTAL	ANCHO				
ESTRUCTURA	Pilares (de madera)				
	ARCOS				
SACRISTÍA	RESEÑADA				
	FRAGMENTADA				
	NO FRAGMENTADA				
	PUERTAS				
PRESBITERIO	VENTANAS				
	RESEÑADO				
	BARANDILLA				
	ALTAR MAYOR				
NAVES	BANCAS				
	ESCAÑOS				
	SILLAS				
	CONFESIONARIO	2			
	PÚLPITO				
BAPTISTERIO	RESEÑADO				
	REJA				
	PUERTAS				
	VENTANAS				
	Pilares (de madera)				
CORO	RESEÑADO				
	LARGO				
	ANCHO				
	BARANDILLA				
	VENTANAS				
	ESCALERA				
ATRIO ALTOZANO	RESEÑADO				
	BARANDILLA				
	CAMPANAS				
CUERPO IGLESIA	VENTANAS	5			9
	RETABLO				
FACHADA	PUERTA CENTRAL				
	PUERTAS LATERALES				
SISTEMA DE CERRAMIENTO	BAHAREQUE				
	PIEDRA				
	LADRILLO				
	ADOBE				
	TAPIA				
CUBIERTA	MADERA				
	PALMA				
	TEJA				
	PAJA				
CAMPANARIO	TEJA				
CÚPULA	PALMA				
	CRUZ				

1 V. = 0,84 m.

[1] Se refiere a una capilla que se encontraba en construcción en la fecha de la expulsión de los jesuitas.

[2] En el inventario de 1768 se culmina la construcción de la capilla iniciada en 1767.

CARACTERÍSTICAS ARQUITECTÓNICAS DE LAS HACIENDAS DEL CASANARE		CARIBABARE 1767	CARIBABARE 1770	CARIBABARE 1776
S E R V I C I O S A N E X O S	HATOS	5	7	6
	HATO DE	LA YEGÜERA	DESECHO	DESECHO
	NÚMERO DE CASAS	1	5	1
	NÚMERO DE APOSENTOS (casa)	3		2
	NÚMERO DE RAMADAS		1	
	NÚMERO DE HATOS		2	
	NÚMERO DE CORRALES			2
	NÚMERO DE CORRALEJAS		1	1
	HATO DE	TUNAPUNA	CAUCHO	CAUCHO
	NÚMERO DE CASAS	2	1	
	NÚMERO DE APOSENTOS	2		
	NÚMERO DE CORRALES	5	2	2
	NÚMERO DE CORRALEJAS			1
	NÚMERO DE CANEYES	2		
	NÚMERO DE RAMADAS			1
	HATO DE	LA RAYA	PALOTE	BARRO
	NÚMERO DE CORRALES	2	2	2
	NÚMERO DE RAMADAS	1	1	1
	HATO DE	YAGUARAPO	GARCILLAS	GARCILLAS
	NÚMERO DE CASAS		1	
	NÚMERO DE CORRALES	2	2	2
	NÚMERO DE RAMADAS	1		1
	HATO DE	JIRRE	ABISPAS	SAN ANTONIO
	NÚMERO DE CASAS		3	2
	NÚMERO DE CORRALES	2	3	2
	NÚMERO DE CORRALEJAS			1
	NÚMERO DE RAMADAS	1	1	
	HATO DE		SAN JAVIER	SAN JAVIER
	NÚMERO DE CASAS		2	1
	NÚMERO DE CORRALES		2	2
	NÚMERO DE CORRALES			1
	NÚMERO DE CORRALEJAS			1
PLANTÍO		5		

1 V. = 0,84 m.

[1] En Caribabare incluso en los caneyes se encuentra la ramada de trapiche, la carpintería, la de adobes y la del horno de teja.

[2] En Tocaría en este espacio funcionaba un horno de pan.

CARACTERÍSTICAS ARQUITECTÓNICAS DE LAS HACIENDAS DEL CASANARE		CARIBABARE 1767	CARIBABARE 1770	CARIBABARE 1776
A R Q U I T E C T U R A	CAPILLA			
	CASA PRINCIPAL (Procuraduría)			1
	CON CORREDOR			
	NÚMERO APOSENTOS (casa principal)	8	5	5
	CASA DE MAYORDOMO			1
	NÚMERO APOSENTOS (casa mayordomo)			4
	CASA DE CAPORAL			1
	NÚMERO DE APOSENTOS			2
	COCINA			
	NÚMERO DE APOSENTOS (cocina)		3	3
	DESPENSA			1
	NÚMERO DE APOSENTOS (despensa)			1
	CARPINTERÍA	[1]		
	NÚMERO DE CANEYES	16 [1]		1
	NÚMERO DE APOSENTOS (caneys)			8
	NÚMERO DE RAMADAS			1 [2]
CASAS ANEJAS			1	
LARGO				
ANCHO				
NÚMERO DE PERSONAS	209			
CARACTERÍSTICAS ARQUITECTÓNICAS DE LAS HACIENDAS DEL CASANARE		CARIBABARE 1767	CARIBABARE 1770	CARIBABARE 1776
M A T E R I A L E S	SISTEMA DE CERRAMIENTO			
	BAREQUE			
	PALMA			
	PIEDRA			
	TAPIA			
	CUBIERTA			
	MADERA (sistema portante)			
	PALMA			
	PAJA			
	TEJA			

PROGRAMA ARQUITECTÓNICO EN LAS HACIENDAS

Así como los inventarios de bienes se constituyen en fuente de información importante para definir el programa arquitectónico de las reducciones, también ayudan a detectar los componentes arquitectónicos presentes en las haciendas, aunque fueran realizados años después de la expulsión (Tocaría, 1770 y 1776; y Cravo, 1779), al pasar estas propiedades ex jesuitas a manos de la Junta de Temporalidades hasta el remate correspondiente. Con los datos obtenidos, una hacienda jesuítica se compone de los siguientes espacios:

Capilla

Es el espacio religioso reseñado en las haciendas llaneras (Caribabare y Tocaría). La capilla de la hacienda de Cravo está reseñada a partir del inventario de 1779. Para la hacienda de Apiay, cuyo inventario no pudo ser localizado, se puede asumir que existió algún lugar especializado para el culto. En el caso de la hacienda (Carichana) de las reducciones del Orinoco, faltan los inventarios correspondientes, por lo cual puede presumirse, igualmente, su existencia. Las dimensiones de la planta arquitectónica de una capilla de hacienda —de menores proporciones que las de reducción— eran de, aproximadamente, 16 v. de largo por 7 v. de ancho (Cravo). Generalmente, su estructura portante era construida en madera, con cerramiento de bahareque y cubierta acabada con palma. En el momento de la expulsión se estaba construyendo en Caribabare una nueva capilla —en reemplazo de la existente en bahareque y palma— de cal y canto, adobe, tapia y ladrillo, con los muros levantados sin terminar, sacristía, arcos y pilares. Esta fue terminada, al parecer, en 1768. En el hato de La Yegüera, perteneciente a Caribabare, se encontraba también una capillita construida en bahareque y palma, con una puerta de madera y dos ventanas

Casa principal o procuraduría

Se trata de un volumen de planta rectangular compuesto de varios aposentos, para habitación del procurador de la hacienda, y almacenes de provisiones y utensilios, para surtir las reducciones y otros individuos provenientes de otros lugares del llano. Se conoce el número de habitaciones en Caribabare (ocho), Tocaría (cinco) y Cravo (seis). Se conocen las dimensiones de la casa principal de Cravo, cuya planta era de 45 v. de largo por 9 v. de ancho, y contaba, además, con dos corredores tirados sobre las fachadas largas.

Casa de mayordomo

Espacio para habitación del mayordomo o administrador principal de la hacienda. Se halla reseñado en las haciendas de Tocaría y Cravo. El número de aposentos fluctúa entre dos (Cravo) y cuatro (Tocaría). La planta arquitectónica de la casa de mayordomo en Cravo tenía 11 v. de largo por 5,5 v. de ancho. En la hacienda de Tocaría, el inventario de 1776 reseña el espacio llamado casa del caporal, compuesto por dos aposentos.

Cocina-despensa

Volumen aislado para la preparación y depósito de alimentos, reseñado en las haciendas de Tocaría, con tres aposentos, y Cravo, con uno solo. La planta arquitectónica de la cocina, en esta última hacienda, tenía 13 v. de largo por 6 v. de ancho. En Caribabare, al no estar reseñada la cocina como un volumen independiente, puede presumirse que se encontraba anexada a otro espacio. Respecto de la despensa, utilizada para guardar carne y sal, se sabe que esta se encuentra presente en Tocaría y que disponía de un solo aposento.

Caneyes

Son los espacios de habitación para los esclavos y concertados de la hacienda, aunque su concepto espacial se prestaba para otros usos especializados, como el trapiche, la carpintería, la fabricación de adobes y el horno de tejas (Caribabare). El número de caneyes era de 16 en Caribabare y de uno en Tocaría, con ocho aposentos. La hacienda de Cravo tenía un caney fragmentado en diez aposentos, sobre una planta arquitectónica de 46 v. de largo por 6 v. de ancho.

Ramadas

En la hacienda de Tocaría se reseña una ramada aparte para el horno de pan, así como una casa aneja, cuyo uso no es explícito.

Hatos

Las haciendas contaban con distintos hatos, donde se desarrollaban las actividades vacunas y caballares. Así, Caribabare contaba con cinco hatos y Tocaría, con siete. En general, se componían de las casas para los mayordomos y vaqueros con dos o tres aposentos. El resto del conjunto lo formaban las ramadas, corrales, corralejas y caneyes,

espacios propios para actividad ganadera. El inventario de Cravo de 1779 asigna las siguientes dimensiones a los espacios utilizados para la ganadería: dos ramadas de 8 v. por 5 v. y una de 16 v. por 6 v.; dos corrales de 156 v. por 92 v.; y una corraleja de 123 v. por 79 v.

SISTEMAS CONSTRUCTIVOS

El siguiente apartado tiene como objetivo principal el conocimiento de los sistemas de construcción utilizados por los misioneros para la materialización de la arquitectura en las reducciones y haciendas llaneras y orinoquenses. Las fuentes para obtener información detallada acerca de las distintas etapas que constituyen el proceso de construcción son prácticamente inexistentes. Para el presente trabajo, los datos sobre técnicas de construcción en las reducciones provienen de las descripciones de misioneros que actuaron como doctrieneros en alguna reducción llanera, contenidas, algunas veces, en correspondencia privada enviada al exterior.

Descripción del padre José María Cervellini

Fue misionero de la Compañía de Jesús y párroco de la reducción de Tame en el año de 1737. En correspondencia dirigida al padre Francisco Pepe, describe la población en su gobierno espiritual y civil, expresando que

Tame, tanto el pueblo como también la región de este mismo nombre se expande en amplísima circunscripción y está habitada por 1600 o 1700 almas; los edificios, casa, iglesias, no se construyen con piedra y cal sino con madera según la costumbre del país. Clavan algunos palos, grandes o pequeños, en la tierra, los rodean con diferentes tipos de restos de tierra húmeda, mezclada con paja, hacen cierta clase de argamasa con la que recubren las paredes de los edificios por fuera y por dentro. Para el techado sirven las largas y amplias hojas de un árbol que es semejante al datilero napolitano pero no producen dátiles: de estas hojas hacen fibras, hilos, y cordel y amarras, además fabrican sombreros, ponchos y cobijas tan finas que las podemos utilizar en las iglesias para la decoración de altares. Como estas casas no están construidas sino de madera y matorral y además una muy junta a la otra, vivimos continuamente en peligro de incendio [...]. (Del Rey 1974: 341)

Materiales naturales para la construcción

A la descripción anterior puede agregarse la información proveniente del misionero Gilij, contenida en su *Ensayo de Historia Americana* (1965), referente a los materiales naturales utilizados en la arquitectura orinoquense.

Árboles

Adecuados para la construcción de casas y hechura de vigas, y fáciles de conseguir en los montes y peñas en el Orinoco, resultaban el carimiri, el aravone y el camaracato, entre muchos otros. Sobresalen por tener bastante duración bajo tierra, lo que significa que son aptos para fabricar estructura portante. Otro árbol para construir casas, alabado por el padre Gumilla, es el llamado árbol del burro por los españoles, que crecía abundantemente en las cercanías de La Encaramada. Los tamanacos lo llaman arara.

Para los trabajos de carpintería, como mesas, muebles y tablas entre otros, se hace referencia al pardillo, de color castaño claro con venas negras y buen olor. El cartán, amarillo, de olor semejante al aceite de linaza, era fácil de trabajar y bueno para todo uso doméstico. Otros árboles destacados son el márana y el avicú (Gilij 1965, vol. 71: 264).

Respecto al cedro dulce, que crece en el Orinoco, se trata de un árbol alto y derecho, no demasiado grueso. Cuando tiene corte reciente para ser trabajado para hacer tablas, emana un olor no desagradable. El color de la madera es como el de la canela (Gilij 1965, vol. 71: 264).

Gilij advierte que, dado que el terreno es, por lo general, arenoso, la madera de que están construidas las iglesias, por fuerte que sea, se pudre fácilmente bajo tierra. Dicho inconveniente se arreglaba, en parte, quemando el pie de los apoyos o pilares antes de clavarlos en la tierra (Gilij 1965, vol. 73: 62).

Palmeras

Entre las adecuadas para cubrir los techos se tienen las siguientes: la quitebe y la timiti. La palma quitebe —citada anteriormente por el padre Rivero y alabada por Gumilla— es la conocida palma moriche, alta y bella, que nace cerca de las corrientes de agua, lugares húmedos y bajos. Se encuentra en las vecindades del Orinoco y en el interior (llanos). Su fruto es muy usado por los orinoquenses. De los brotes de esta palmera secados al sol, se fabrica un hilo con el que se tejen las redes de dormir o hamacas. Con las hojas colocadas a modo de tejas, se cubren los techos de las cabañas. Otra palmera adecuada para cubrir las casas es la llamada timiti, que se encuentra en el bajo Orinoco. Tiene las hojas y ramas más largas que otra palmera de la región, con longitud de dos varas (Gilij 1965, vol. 71: 163-166).

Respecto de la cubrición de las techumbres, Gilij agrega que, en La Encaramada, tras dar forma a las cabañas:

Viene después el cuidado de recubrir el techo con ramos secos de palma, y estando puestos dobles y bien apretados, resguardan del sol, impiden la entrada a las lluvias, y hacen una vista nada despreciable. En verdad que esta clase de techos, en los que anidan las serpientes y murciélagos y mil nocivos insectos está expuesta por dentro a

incomodidades grandes. Pero por fuera son hermosos. Terminado el techado queda poner las paredes, lo que es muy singular. Como no se cavan antes los cimientos, no se necesita ni cal ni arena ni ningún cemento, sino que basta un poco de tierra con paja. (Gilij 1965, vol. 73: 612)

La duración de las techumbres con palma es limitada: «Ningún arte es suficiente para conservar largo tiempo los ramos de palma con que estén cubiertas las iglesias. Cada siete años, por lo menos, es necesario renovarlos. En diez y ocho años y medio que yo estuve en el Orinoco tuve tres iglesias [...]» (Gilij 1965, vol. 71: 62).

Cañas silvestres

También llamadas guaduas por los españoles, se encuentran tanto en el nuevo reino como en el Orinoco. Con la altura y el grosor de un árbol son excelentes para diversos usos:

Abiertas y divididas por el medio son canales para el agua. Si se dividen en cuatro o más, sirven para hacer travesaños a los que se atan las ramas de palma para cubrir las casas. Cortadas cerca de los nudos, son vasos para guardar el tabaco de fumar y el rapé y lo que a cada uno le plazca. Son si se quiere vasos para alcanzar el agua en los viajes, y para llevar dentro sin romperlas las velas de sebo. (Gilij 1965, vol. 71: 170)

Bejucos o enredaderas

Se encuentran en las selvas próximas y alejadas del Orinoco, y son útiles para varios usos. Gilij expresaba que «[...] con ellas se atan los cercados, ellas hacen las veces de clavos para atar un madero con otro, son la fuerza de los tejados y de las paredes» (Gilij 1965, vol. 71: 176).

En la construcción del techo, Gilij comenta que la planta de la vivienda «[...] tiene a través palos plantados en tierra para sostener el techo, por una cara, y por la otra se atan cuerdas, o cañas abiertas formando como un cañizo ralo, las cuales están separadas entre sí cuatro o cinco dedos. Para esta hechura no se emplea jamás un clavo. La brionia, o sea, una trepadora americana, con que se cierran las paredes y el techo, hace las veces de clavos» (Gilij 1965, vol. 73: 61).

El bejuco llamado mamure es la mejor especie, la más flexible y fuerte de todas: «Su duración es increíble, y en las cabañas cuyas maderas están atadas con él, se puede estar tranquilamente. Tan bien resisten a la furia de los vientos. Es propio de las grandes sabanas. Pero el que puede disponer de él, lo prefiere a todos los demás. Los otros bejucos se rompen fácilmente y no se usan sino después de torcerlos, como hacen con los sauces nuestros campesinos» (Gilij 1965, vol. 71: 177).

Tierras

Las que existen en el Orinoco son muy variadas:

Hay tierra blanca tan linda que se tomaría por yeso. Las casas blanqueadas con ella son bastante agradables, no se pega a los vestidos, como aquí la cal que no se ha mezclado con cutícula [...] En los lugares donde nacen las palmeras muriches hay tierra negra, y de ella se sirven los españoles para teñir de negro sus vestidos. (Gilij 1965, vol. 72: 24)

Respecto de la tierra utilizada como material de construcción, Gilij comenta que:

La última iglesia que se hizo por el difunto P. Ribero en Cabruta, aunque tuviera cubierta con hojas de palma al modo de las chozas, tenía las paredes hechas con formas, o digamos cajas de madera, dentro de las cuales la tierra que allí se pone se apisona bien con mazos. Los españoles las llaman tapias. Son ordinariamente de dos palmos de ancho, y estando blanqueadas, se parecen mucho a nuestras paredes.

En cuanto al modo de hacer el bahareque para cerramiento:

Este vano se llena con tierra apisonada preparada dos o tres días antes por los indios, mezclada con los pies, remojada a menudo con agua, y bien empastada con paja. Pónese por dentro del cañizo apretada con la mano, y llevada hasta lo más alto de la pared, como no hay llanas con que alisarlo, se arregla a mano. La anchura de estos muros no sobrepasa la de un palmo, pero blanqueadas con la tierra que he descrito, son suficientemente bonitas y arregladas. Del mismo modo si se quiere, se divide la cabaña en varias piezas; y si se quiere puede dar color a las paredes con diferentes tierras, haciendo zócalos o frisos. Todas estas piezas están a piso llano, que no tiene ladrillos; sino que apisonado fuertemente por los indios con mazos se hace bastante sólido. (Gilij 1965, vol. 73: 61-62)

Anteriormente, se mencionó la existencia, en algunas reducciones, de las ramadas para la fabricación de adobes y el horno de teja para las construcciones. La teja de barro ofrecía algunas ventajas de impermeabilización y durabilidad respecto de las hojas de palma para el acabado de los techos. Sin embargo, en las crónicas, los misioneros no dudan al quejarse de las tejas de barro en las cubiertas, ya que los murciélagos anidaban en mayor número, por lo cual se constituían en una plaga incómoda para los habitantes. Al respecto, Gilij recomendaba, en relación con la introducción de animales domésticos en las reducciones, lo siguiente:

Lo primero que llevan los misioneros es el gato, muy útil para tener la casa limpia de los infinitos insectos que hay, y especialmente de murciélagos [...] Quedé muy halagado con librarme de alguna manera de su multitud con proveerme al menos de un gato. Y aunque esté yo obligado a decir que no me sirvió de nada, o si no de muy poco, para el fin buscado, me sirvió mucho de recreo en mi soledad. (Gilij 1965, vol. 73: 65)

A MODO DE CONCLUSIÓN

El estudio de los datos provenientes de la información documental manuscrita, contenida en los inventarios de bienes y alhajas, las descripciones ofrecidas por los misioneros-cronistas, y los informes oficiales publicados permiten reconstruir, de alguna manera, el estado en que se encontraban la arquitectura y el urbanismo jesuíticos al momento de la expulsión de la Compañía de Jesús del nuevo reino de Granada en 1767. Los estudios arqueológicos aún por realizar en el lugar en el que se establecieron las reducciones y haciendas en las regiones bañadas por los ríos Casanare, Meta y Orinoco posiblemente puedan confirmar las siguientes hipótesis, todavía sujetas al debate:

- Para la realización de las tareas de evangelización en la región de la frontera oriental del nuevo reino, el proyecto misional jesuítico consistió, desde el punto de vista espacial, en el aseguramiento de ciertas áreas geográficas y estratégicas, determinadas por grandes ríos y abundante población indígena; en la fundación de reducciones como núcleos urbanos que facilitarían la concentración de los indios y la enseñanza de la doctrina, relacionadas entre sí, para formar un sistema análogo en organización espacial arquitectónica y urbana; y en el establecimiento y la formalización de haciendas como soporte real a la labor religiosa social y cultural de los misioneros en estas regiones, verdaderas unidades de producción que articularon espacialmente el altiplano cundi-boyacense con la región llanera mediante un sistema eficaz de caminos ganaderos.
- Constancia de dos tendencias espaciales urbanas en las reducciones para la organización de las viviendas de los indios: la geométrica o viviendas tiradas a cordel, y la espontánea, en la que las viviendas se hallan dispersas sin orden ni simetría, en torno de una plaza de morfología rectangular o cuadrilongo. El espacio de circulación sería el recorrido entre la iglesia, la casa de misionero y las viviendas de los indios.
- Relevancia y jerarquía de la iglesia como componente arquitectónico y urbano. Compuesta de planta rectangular tipo cajón y estructura portante en madera, en la que los pilares definen las naves. Los cerramientos que definen el perímetro son de construcción independiente de la estructura de la cubierta. Los únicos espacios fragmentados en la planta del templo son las sacristías, que, según su complejidad, se han denominado colateral, transversal y compuesta, todas contenidas dentro del mismo cajón.
- Presencia de capillas posas como componente religioso arquitectónico y urbano en varias de las reducciones casanareñas, hecho que evidencia la influencia ejercida por la doctrina jesuita de Tópaga.
- Evidencia de una evolución tecnológica en el uso de materiales de construcción: de la arquitectura natural, basada en materiales de recolección —como el

bahareque para cerramientos y la palma para las cubiertas de los primeros templos—, se observa el cambio a una arquitectura con estructura portante en madera, el uso del calicanto, tapia, ladrillo, teja de barro y arcos estructurales en algunas de las reducciones, proceso interrumpido por la expulsión del año 1767.

- Ausencia de una arquitectura de arquitectos, interpretada como una consecuencia de las siguientes causas: lo efímero de las primeras fundaciones debido a los diversos traslados, ataques e incendios, entre otros; los intentos de afianzamiento de los misioneros en la región y la inestabilidad de los grupos indígenas durante el período comprendido entre los años 1681 y 1691 en el Orinoco, y 1703 y 1715 en los Llanos; y las irrupciones del grupo indígena caribe durante el período de 1684 a 1693 en los Llanos y de 1730 a 1740 en el Orinoco. Todas estas circunstancias ocasionaron una discontinuidad cronológica que impidió la consolidación de una tradición puramente arquitectónica que diera lugar a la continuidad técnica y artesanal.

FUENTES DOCUMENTALES

Primarias manuscritas

Archivo General de la Nación (Bogotá), Fondos Sección Colonia:

Conventos: tomos 19, 32, 34, 50 y 54.

Curas y Obispos: tomo 36.

Fábrica de Iglesias: tomos 1, 10, 15, 17, 19 y 21.

Temporalidades: tomos 1, 3, 5, 6, 7, 10, 11, 12, 13, 15, 16, 17, 18, 20, 21, 23, 24, 26 y 27.

Miscelánea: tomos 3 y 40.

Visitas Boyacá: tomos 1 y 13.

Poblaciones: tomo 2.

Milicias: tomo 148.

Información documental publicada

ALVARADO, Eugenio

- 1966 «Informe reservado sobre el manejo y conducta que tuvieron los padres jesuitas con la expedición de la línea divisoria entre España y Portugal en la Península Austral y a orillas del Orinoco». En José del Rey Fajardo. *Documentos jesuíticos relativos a la historia de la Compañía de Jesús en Venezuela*. Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, n.º 79. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de Historia.

SÁNCHEZ MANGANEQUE, Gregorio

1983 «Informe sobre el estado de la Provincia de Santiago de las Atalayas-1765». *Revista Cespedesia*, n.ºs 45-46, suplemento n.º 4, enero-junio.

Misioneros cronistas

ACOSTA, José de, S. J.

1954 *Historia natural y moral de las Indias*. Biblioteca de Autores Españoles, vol. 73. Madrid: Atlas.

CASSANI, José, S. J.

1967 *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús en el Nuevo Reino de Granada en la América*. Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela. Caracas: Academia Nacional de la Historia.

DE VEGA, Agustín, S. J.

2000 *Noticia del principio y progresos del establecimiento de las misiones de gentiles en el río Orinoco, por la Compañía de Jesús*. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, n.º 253. Caracas: Academia Nacional de la Historia-Universidad Católica del Táchira.

GILIJ, Felipe Salvador, S. J.

1965 *Ensayo de Historia Americana*. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, vols. 71, 72 y 73. Caracas: Academia Nacional de la Historia.

GUMILLA, José, S. J.

1963 *El Orinoco ilustrado y defendido*. Estudio preliminar de José Nucete Sardi, Demetrio Ramos y Constantino Bayle. Biblioteca Nacional de la Academia Nacional de la Historia, Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, n.º 94. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia.

MERCADO, Pedro de, S. J.

1957 *Historia de la Provincia del Nuevo Reino y Quito de la Compañía de Jesús*. 4 vols. Biblioteca de la Presidencia de la República. Bogotá: Presidencia de la República.

RIVERO, Juan, S. J.

1956 *Historia de las misiones de los llanos de Casanare y los ríos Orinoco y Meta*. Biblioteca de la Presidencia de la República, n.º 23. Bogotá: Presidencia de la República.

Bibliografía

ARELLANO, Fernando, S. J.

1991 *El arte jesuítico en la América Española (1568-1767)*. San Cristóbal: Universidad Católica del Táchira.

DEL REY FAJARDO, José, S. J.

- 1974 *Documentos jesuíticos relativos a la historia de la Compañía de Jesús en Venezuela*. T.º 3. Biblioteca Nacional de la Academia Nacional de Historia, n.º 119. Caracas: Academia Nacional de Historia.
- 1990 «La expulsión de los jesuitas en Venezuela (1767-1678)». *Revista Paramillo*, n.ºs 9-10, San Cristóbal, Universidad Católica del Táchira.
- 1992 *Misiones jesuíticas de la Orinoquia (1635-1767)*. 2 vols. San Cristóbal: Universidad Católica del Táchira.
- 1992 «La presencia científica de la Universidad Javeriana en la Orinoquia». *Revista Javeriana*, n.º 586, t.º 118, julio.
- 1994 «Introducción a la tophistoria misional jesuítica llanera y orinoquense». En *Separata del libro Paramillo*. San Cristóbal: Universidad Católica del Táchira, 11-12/1992-93.

CODAZZI, Agustín

- [1856] *Geografía física y política de la Confederación Granadina*. Vol. III. Estado de Boyacá.
- 2000 T.º 1. Territorio del Casanare. Edición y comentarios de Augusto Gómez, Guido Barona Becerra y Camilo Domínguez Ossa. Bogotá: I/M Editores.

GUTIÉRREZ, Ramón

- 2000 «Un proyecto de Silvestre Pérez para Colombia». En *Anales-Museo de América*, Madrid, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, n.º 8.

HERNÁNDEZ, Graciela

- 1996 «El fortín de San Francisco Javier: una estrategia clérigo-militar en el proceso de colonización del Orinoco Medio durante el siglo XVIII». *Revista Montalbán*, n.º 29, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello.

LUCENA GIRALDO, Manuel

- 1992- «Los jesuitas y la Expedición de Límites al Orinoco, 1750-1767». *Revista Paramillo*, 1993 n.ºs 11-12, Caracas, Universidad Católica del Táchira.

PÉREZ ÁNGEL, Héctor Publio

- 1997 *La hacienda Caribabare, estructura y relaciones de mercado 1767-1810*. Yopal, Casanare: Editorial Talleres Gráficos Ltda.

RAUSCH, Jane M.

- 1994 *Una frontera de la sabana tropical: los llanos de Colombia 1531-1831*. Colección Bibliográfica. Bogotá: Banco de la República.
- 1996 «Fronteras en crisis: la desintegración de las misiones en el extremo norte de México y en la Nueva Granada, 1821-1849». *Boletín Cultural y Bibliográfico del Banco de la República*, vol. XXXIII, n.º 4, Bogotá.

RUEDA ENCISO, José Eduardo

1987 «Cravo: la antigua hacienda jesuita». *Revista Lámpara*, n.º 105, vol. XXV.

SAMUDIO, Edda

1992 «Las haciendas jesuíticas de las misiones de los Llanos de Casanare, Meta y Orinoco». En *Misiones jesuíticas en la Orinoquia*. San Cristóbal: Universidad Católica del Táchira.